





Graciela Prego Pilar

# LAS ZAPATILLAS DE PUNTA



Ópalo ediciones  
info@opaloediciones.com  
www.opaloediciones.com

Primera edición: mayo, 2024.

© Graciela Prego Pilar.  
© Ópalo ediciones.  
© de la fotografía y diseño de portada: Graciela Prego Pilar.  
© diseño y maquetación cubierta: Reveka Uzcategui Aranguren.  
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1963-2024  
ISBN: 978-84-122446-8-7

Queda prohibida la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

Ópalo ediciones no se hace responsable de las opiniones del autor ni de cualquiera de los textos de la presente publicación, ateniéndonos a que la obra que posee el lector en sus manos puede ofrecer valoraciones personales y subjetivas del autor o los autores que no tienen que estar necesariamente secundadas por Ópalo ediciones, quien solo hace de soporte para materializar la presente edición.



*Nada puede impedir  
que el arte trascienda  
espacios, tiempos y personas.*

*Para aquellos que cada día  
deciden perseguir sus sueños...*

## ÍNDICE

|               |    |
|---------------|----|
| Prólogo ..... | 19 |
|---------------|----|

### PARTE 1

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| 1-El encuentro.....               | 25  |
| 2-La decisión.....                | 39  |
| 3-La profesra.....                | 47  |
| 4-El mundo en una aldea.....      | 59  |
| 5-La cinta de satén rosa.....     | 67  |
| 6-La rebelión de Iván.....        | 77  |
| 7-La vuelta sin Yuri.....         | 85  |
| 8-La gran oportunidad.....        | 97  |
| 9-La joven estrategia.....        | 109 |
| 10-Sobre el escenario.....        | 115 |
| 11-El sueño europeo.....          | 129 |
| 12-La otra cara de la guerra..... | 143 |

### PARTE 2

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| 13-La imagen real.....         | 157 |
| 14-Un triste “Carpe Diem”..... | 165 |
| 15-La ciudad de la música..... | 179 |
| 16-La verdadera actuación..... | 193 |

|                                    |         |
|------------------------------------|---------|
| 17-La sufrida Trieste.....         | 207     |
| 18-En el Oriente Express.....      | 219     |
| 19-El desencuentro.....            | 233     |
| 20-Bonjour París.....              | 245     |
| 21-Le Petit Clasique.....          | 255     |
| 22-Adiós, París, adiós.....        | 265     |
| 23-En los brazos de España.....    | 271     |
| 24-La invitación.....              | 281     |
| 25-Nuevamente adiós.....           | 291     |
| 26-Un puerto llamado Libertad..... | 305     |
| 27 -Hacerse a la mar.....          | 315     |
| 28-En la nueva tierra.....         | 323     |
| 29-Las puntas gastadas.....        | 331     |
| 30-El final del viaje.....         | 335     |
| <br>Glosario.....                  | <br>339 |
| Bibliografía.....                  | 343     |

## Prólogo

Cuando los verdaderos acontecimientos se entremezclan con la traviesa imaginación, se hace presente la magia de sumergirse en un relato donde todo es posible y los personajes sobreviven en una realidad ficticia o en una ficción tan real, que su mundo se torna palpable. Más aún, cuando parte de su elenco existe y son verídicos algunos de los episodios vividos por la joven Carla quien, mientras los relata, introduce al lector en la historia central que se desarrolla intercalando sus recuerdos.

Obviamente, los nombres no serán los verdaderos, simplemente por buscar una forma de generalizar las situaciones que se presentan para el común de la sociedad de cada época y los lugares donde han transcurrido la niñez, juventud y madurez de los personajes.

Seguramente porque también, miles de hechos reales podrían ser similares a los citados en medio de la ficción, dados los momentos significativos que ellos atraviesan, y es muy posible que hasta alguien se sienta identificado en cierto tiempo del relato, por algún país donde acontece o en la forma de sobrellevar cada uno su difícil situación.

Teniendo en cuenta los sucesos históricos de relevante importancia, todos los personajes se convierten en víctimas de las circunstancias que los rodean, pudiendo llegar

a ser dueños o no de las resoluciones que van adoptando para afrontar los problemas a lo largo de la trama. En los acontecimientos que se narran, se plasma la realidad del momento en cada país que los protagonistas van conociendo a su paso, o bien, en una misma comunidad variando los cánones de la sociedad de los diferentes períodos que la misma atraviesa.

¿Las zapatillas de punta? Tan reales como su presencia hasta el día de hoy y quién sabe durante cuánto tiempo seguirán mostrando su hermoso y maduro rostro, refugiendo su propia y verídica historia e incluso, como ellas, otras tantas habrá uniendo épocas, ciudades y personas.

¿Ekaterina? Una de tantas niñas que, como tal, soñó con un futuro lleno de éxito lanzándose en una frágil barca a navegar sobre un mar de dudas y tempestades, pero también, a gozar de algún maravilloso instante donde confundió la calma del ancho ponto con un cielo paradisíaco.

Una historia en parte cierta, en parte ficticia, de lo contrario estaría relatando una biografía no falta de emoción, pero sí de discreción y hasta de datos precisos donde el hechizo de la imaginación no tendría lugar.

¡Y no podría olvidar a aquellos personajes que, siendo aún eventuales, son imprescindibles! Los inesperados ángeles terrenales, que cruzarán el camino de la joven promesa del ballet para pasar a formar parte de sus vivencias y su destino.

A esto me refiero cuando, teniendo en cuenta las estrechas relaciones que llegan a surgir entre los personajes principales, ya sean imaginarios o reales, más todos aquellos que han cruzado sus vidas tan solo por un momento sin saber cómo continuaron en sus recuerdos, es que se

puede confundir su verdadero protagonismo en el relato si comprendemos que uno no hubiese estado presente sin el otro, ni permanecer en la memoria de los demás.

Cabe aclarar que la historia guarda en su retrospectiva un lugar especial sobre todo para uno de ellos, por lo que agradecer en una dedicatoria de un libro a solo un aspecto de su vida en tres palabras, o un par de frases así fuesen memorables, no es posible. Más aún, cuando la persona en cuestión es tan real como algunos episodios que, indiscutiblemente, han guardado entrañables momentos de su existencia.

Si es solo un recuerdo o una enmarañada fantasía, una reivindicación a la valentía de tantos o un homenaje a la improvisada superación ante situaciones inesperadas que todos los personajes ven pasar ante sí, será decisión del lector.

Yo, mientras tanto, me conformo con dejar un testimonio de algunos hechos que he vivido, envueltos en un halo de fantasía.

Ahora bien, aunque comenté que no sería posible, es inevitable:

Para Ileana, mi madre,  
Gracias, por los hermosos momentos...

# PARTE I

# 1

## El encuentro

Se acercaba el final del siglo XX y, como era de esperar, el acogedor calor del hogar también llegaba a su término.

Todos los acontecimientos esperados para cada una de las diferentes generaciones coincidían, poco a poco, en llenar el almanaque y a cubrir de tristezas y alegrías la historia familiar.

Las partidas, eternas o temporales, la independencia, las ansias de aventura y tantos otros motivos fueron los que anunciaban la despedida del antiguo domicilio debido a su excesiva comodidad para los pocos integrantes, apenas dos, que continuarían ocupándolo. “Ley de vida”, diría Eliana, propietaria de la magnífica y añosa vivienda que, exquisitamente reformada y ampliada de acuerdo a las necesidades de cada una de las diferentes personas que la ocuparon simultáneamente, acostumbraba a rebalsar de vida y alegría más aún, quizás, en los veranos

de un tiempo pasado, entre familiares cercanos o lejanos y amistades con las que apenas últimamente guardaban contacto.

Un par de meses más tarde, tras la última despedida, se tomó la decisión. Si bien los encuentros alrededor de una gran mesa era una tradicional costumbre dominical, se convocó una reunión extraordinaria para anunciar a todos los jóvenes que desearan hacerse de sus variadas pertenencias guardadas, y olvidadas, que en una fecha próxima la gran casa de Buenos Aires se vendería y nada de lo que allí quedase sería trasladado: “Ni siquiera provisoriamente llegarán a ocupar un lugar en la nueva vivienda y, con esto, quiero decir que definitivamente se perderán”, advirtió Eliana sin temblarle la voz.

Luego de oír del otro lado del teléfono todo tipo de lamentos por parte de los que alguna vez fijaron allí su residencia, por corto o lo que en un momento parecía ser indeterminado tiempo, y recibir por la parte exigente las incomprensibles pero necesarias explicaciones, quedó fijada la fecha de la cita.

Para Eliana, una mujer práctica y resolutiva, no había lugar a dudas e incluso, a su parecer, bastante se había extendido por algunos otros motivos el tiempo de hacer limpieza. La espaciosa vivienda, aquella que durante largos años se había ido llenando casi sin querer y sin medir, creyendo que se dilataba cual piñata en la que siempre se consigue un hueco para un futuro recuerdo o deseando que los objetos se comprimiesen para dar sitio al nuevo, decía basta. Ese espacio que comenzaba siendo físico y luego, al ubicarse en un cajón o en una vitrina, se adueñaba de una parte de la mente y del corazón arraigándose

junto al afecto que acompaña el momento de su llegada, ya había comenzado a exigir una renovación. No era cuestión de dar más lugar a la nostalgia que albergaba el pasado que a su propio futuro. Aquella “ley de vida” que ella siempre tenía presente, no se refería solamente a las tristes e inevitables partidas, siendo primeras la de los ancianos sin mediar desgracias inesperadas, sino también a cerrar capítulos y a aceptar los cambios que la vida deparaba, para superarlos y crecer en el camino. Según repetía ella haciendo frente a cada nueva situación: “Los recuerdos, mejor llevarlos en el corazón, no ocupan lugar y siempre seguirán vivos en nosotros.”

Recientemente independizada la menor de los integrantes de la tercera generación, luego de quedar sin los mayores a cargo de su cuidado, era inútil seguir protegiendo del polvo y la distancia a aquellos queridos trozos de historia, a quienes solo sus dueños adjudicarían su verdadera importancia.

Pasadas dos semanas del anuncio, el día acordado se presentó sorprendiendo a todos en medio de la tarde de un viernes frío y lluvioso atravesando un inestable otoño. Los enormes paraísos que custodiaban los muros y la reja de entrada, ya se mostraban desprovistos de su manto verde que resguardaba con su sombra del cálido verano y una densa hojarasca marrón cubría parte de la acera que cada día con ayuda del viento Eliana, inmersa entre clásicos y óperas de fondo que hacía gustar hasta al más necio de los oyentes, quitaba al compás de la música despejando el paso a los transeúntes.

Años anteriores escampar el follaje era la tarea de los abuelos. Se los recordaba siempre en el barrio y en las conversaciones familiares, siendo para ellos el mejor pretexto de intercambiar unas palabras amables con los vecinos y admiradores espontáneos, debido a su avanzada edad disfrutando de tan buen ver, y de tener un tema más de conversación esperando sorprender con alguna novedad a los demás integrantes de la familia a su llegada.

Como si despedir a la antigua casona no fuese motivo suficiente para resurgir sentimientos encontrados, un rojo y nostálgico atardecer, que se iba poco a poco perdiendo en la profundidad del cielo nocturno, contrastaba con la agradable luz que despedían los leños desde el hogar encendido, quitando las ganas de deshacerse de los muchos o pocos objetos personales que se refugiaban aún en cada rincón.

Sucesivamente los jóvenes, ansiosos por reencontrarse para repartir los rezagos de sus vivencias, fueron llegando uno a uno presurosos y con el cansancio que los vencía asomándose el fin de semana, desde sus trabajos o estudios, de cerca y de más lejos. De pronto, se encontraron invadiendo el salón con bolsos y cajas de todos los tamaños para liberar de recuerdos los seis confortables dormitorios, el cuarto de música apenas ahora ocupado por un violín, un atril y el elegante y envejecido piano, para continuar con la enorme biblioteca que ocupaba la pared de la sala en su totalidad y que, al margen de los antiguos tomos de diversos clásicos, enciclopedias y obras de cen-

tenares de autores de todos los tiempos, aún guardaba en sus estantes otros tantos trozos de memorias personales, combinando entrañables momentos de juventud, madurez y ancianidad en forma de vinilos, libros, cuadros, incluso varias carpetas llenas de imágenes y recortes con notas de periódicos, que también serían víctimas silenciosas de la sorpresiva incursión, perturbando su adormecida existencia.

La gran casa a la vista de muchos, el entrañable hogar de puertas adentro no solo para la familia sino también para algún invitado solitario de fiestas navideñas, camaradas de salidas nocturnas o amigos del barrio, sufría bienalmente constantes cambios de color en todos sus muros exteriores y aguardaba esta vez bajo un manto rosado olvidando el pálido amarillo anterior, la llegada de los sorprendidos invasores. Ese rosa colonial entre vivo y delicado que se distinguía a la distancia y que tanto gustaba a Eliana, haciendo alarde de su ascendencia española, se interrumpía bajo las ventanas luciendo un floral subrayado con unas exquisitas mayólicas de origen. Era, sin duda, un detalle que iba a extrañar y que seguramente volvería a recrear en la nueva vivienda.

La consigna era muy clara. Para no extender la despedida, su dueña ya había dejado establecido que cada uno de los que habían reunido tiempo para acudir, luego de un breve saludo debía partir a su habitación en busca de las últimas pertenencias que por diferentes motivos habían quedado esperando su llegada, posiblemente abandonadas al tiempo por no ser útiles para los nuevos proyectos,

simplemente por no tener un lugar donde ubicarlas en sus actuales domicilios o bien, sin siquiera consultarlo, habían quedado resguardadas como parte del mobiliario que jamás se pensó que llegaría el momento de trasladar. Eran parte de otra época vivida, querida y pasada, casi sin valor fuera de su contexto, porque ni la niñez ni la juventud volverían a sus dueños y las actividades o entretenimientos de los futuros pequeños, serían muy diferentes para sentir algún interés por aquellas reliquias, a no ser por el simple espíritu curioso de la edad u observarlos extrañados como accesorios de alguna anécdota contada por los mayores.

Carla, la menor de la casa y la última en llamar a la puerta, entró impaciente expresando todo el cariño como era su costumbre con un original saludo, moviendo sus brazos de un lado a otro, abriendo sus manos hacia todos luego de rozarlas por sus labios.

—¡Besos, besos y más besos, luego hablamos! —dijo en voz alta acercándose solamente a su madre que aguardaba para abrazarla fuertemente y soltarla, para dejarla continuar su camino. Su padre contemplaba la escena desde el comedor, frente a una taza de café con una sonrisa de lado, sabiendo que la pequeña no dejaría para después el correspondiente apretón de su cuerpo, sorprendiéndolo por su espalda como cuando era una niña.

—¡Carla! ¡Siempre la misma! —pronunció Giselle, hermana mayor y, por lo tanto, protectora incondicional de la menor—. A ver si al menos nos *contás* cómo te va en tu nueva casa. ¡No quiero imaginar el orden que reinará por ahí!

—Mientras yo encuentre todo... —respondía riendo.

—Bueno hermanita..., —agregó Marcelo, el segundo en la lista de sucesión—, nos interesa saber cómo va tu vida en solitario, pero hoy... ¿podrás con todo lo que vas a encontrar? ¡Jaja! ¿O tendremos que hacer lugar en nuestros pisos a cambio de medialunas los fines de semana?

—Marce... siempre haciendo amigos... —le recriminó Giselle ante la negociación.

—¿Tanto tienen que buscar? —preguntó Alejandro, el tercero— yo solo quiero los vinilos, si nadie los reclama... podrían ser míos.

—Listo, está decidido —Se oyó al unísono.

Carla, sin perder el tiempo, esquivó la muchedumbre del salón sorteando la columna divisoria del comedor, cómplice y víctima de varios juegos infantiles, y se dirigió a su dormitorio. Subió las escaleras saltando los peldaños de dos en dos, como era su costumbre, y al llegar a la enorme habitación echando una rápida mirada a su alrededor, confirmó que todo estaba tal cual fue dejado por ella, no mucho tiempo antes por haber sido la última en abandonar la antigua casa. Lo primero que hizo fue lanzarse a la puerta balcón y abrirla para observar de cerca las ramas desnudas que llegaban hasta los barrotes de hierro de la baranda. Recordó que, durante todo el año, aquella imagen que contemplaba desde su cama, mantenía su firme estructura cambiando solo de acuerdo al follaje de cada estación. Con la misma ansiedad de aquellos años por llegar a su rincón preferido, luego de los agobiantes días de estudio y trabajo, se lanzó al espacioso armario empotrado que aún mantenía las pequeñas

flores pintadas en sus puertas. Siempre se sintió atraída por el arte en todas sus expresiones. Tal vez por eso, una tarde de verano, cuando el agobiante calor obligaba a resguardarse de las incisivas cuchilladas del sol de enero en plena ciudad de Buenos Aires, inspirada por las musas del aburrimiento, quiso darle un toque personal a aquellas puertas tradicionales de noble cedro y, con poco esfuerzo, transformó una sobria y elegante habitación en una cálida y original estancia campestre donde pasar largas horas de su tiempo libre entre música, escritos y sin derecho a réplica de los mayores.

Al abrir sus puertas sintió la brisa del aire liberado con aroma de perfume adolescente, un tiempo inerte que llevaba encerrado varios meses aguardando aspirar otra bocanada en respuesta, pero de aire renovado. Sintió el bostezo de pequeñas notas sostenidas con chinchetas en el interior de las pesadas aberturas y de algunos recuerdos durmiendo en sus estantes: bocetos en carbonilla, libros de estudio y de literatura que aún guardaba del colegio y varias hojas sueltas correctamente apiladas. En el otro extremo, una caja ocupaba gran parte del espacio que quedaba libre de papeles. La abrió. Removió su interior con la especial inquietud que la distinguía de sus hermanos y, debajo de coloridos vestidos antiguos que comenzaron a desparramarse sobre el suelo enredados entre metros de tul, adornos florales y gasas que volaron al otro extremo de la habitación, las encontró.

Allí estaban las zapatillas de punta aguardando a ser descubiertas en aquel cofre de grueso cartón blanco, como si de un tesoro se tratase, después de quién sabe cuánto tiempo se vieron mezcladas entre un montón de vestidos

y tejidos ligeros que en otra época su dueña, su madre, sin dudar los llamaría “vestuario” de una bailarina clásica. Si bien ese fue su verdadero origen, Carla, desde pequeña decidió cambiar su función, como a muchos otros objetos que con el paso de los años transitan de mano en mano, para llenar aquel armario de los más variados “disfraces” y adornos multicolores.

Envueltas en las cintas y manteniendo su buena forma, se asomaban entre los últimos accesorios del fondo de la caja. Las zapatillas de puntas rígidas y ligeras, recubiertas con el fuerte tejido de satén color rosado, reposaban tal cual ella misma las habría guardado alguna tarde de sábado al terminar sus incursiones en la caja de los sueños. Le esperaban durmiendo en el mismo lugar que tantas tardes, la había transportado desde su tierna y terrenal infancia al universo de cisnes y princesas.

A Eliana, profesora de ballet en aquellos entrañables y alejados años, seguramente le habría entusiasmado que siguiera sus pasos al observar que esa idea, poco a poco, iba tomando forma sin ser descabellada. “Quién sabe...”, pensaba ilusionada más de una vez. También Carla había tenido en cuenta la posibilidad desde su corta edad, cortísima edad cuando, creyéndose pasar inadvertida, invadía el estudio de danza en medio de la clase con sus pequeñas zapatillas de media punta, completando su vestuario con tres diminutas enaguas de encaje por tutú, y practicaba rutinas entre un montón de piernas que se extendían y flexionaban delante de su pequeña talla, sosteniéndose de

la barra de madera a la que apenas alcanzaba con la punta de sus pequeños dedos.

Pero, por mucho entusiasmo de la niña e ilusión que hiciera a Eliana, no fue así. Parte del motivo acerca de su cambio de elección, o casi todo, fueron las posibilidades que la rodeaban al tener que decidir. Todo el entorno, en aquellos años, evolucionaba vertiginosamente y la sociedad no quedaba exenta de ello. Carla era la generación que disfrutaba de la apertura hacia otra forma de educación, tal vez más informal y menos prejuiciosa, para que una niña eligiese sus actividades extraescolares sin un peso social que perjudicase su título de “señorita de la época”, liberada de la obligación de las clásicas enseñanzas de piano, demás instrumentos, ballet o canto de la anterior que continuarían coexistiendo, pero solo por elección.

Otro tanto hizo la mayor diversidad que se ofrecía para la actividad deportiva y artística fuera de las aulas, dada la cantidad de instituciones municipales o privadas, gimnasios con múltiples opciones, escuelas especializadas y tantos centros que se mostraban con excelentes instalaciones para todos los gustos, bolsillos y distancias de la mano de todas las comodidades de los que crecieron, por suerte o no, en una gran urbe con todo lo que ello implica.

Décadas pasadas, en la misma ciudad, pero diferente entorno, la oportunidad de elegir no había existido para su madre al margen de la situación económica. Ella era la menor de dos hermanas, hija de un padre que, seguramente, hubiese deseado como segundogénito a un pequeño compañero varón con quien compartir sus inventos y actividades manuales confiando en su increíble habilidad. Obviando el detalle de haber sido una niña, lo hizo igual,

poniendo en práctica sus enseñanzas sobre los muchos conocimientos convencionalmente masculinos en aquel momento acerca del mantenimiento del hogar, tan útiles y tan poco gratificantes a la hora de distinguirse, más aún siendo la pequeña de la casa. Luego, con el tiempo lo agradeció.

Por la otra parte, su ascendencia se completaba con una maestra de mente ágil, increíblemente vanguardista al mismo tiempo de exigente, que cargaba con todo el abo-lengo, conocimiento y recato de las familias acomodadas “de su clase”.

Así fue como se encaminaron la niñez y adolescencia de ambas hermanas, concurriendo a clases de ballet y piano, aun cuando la mayor acudiese por imposición y la pequeña por imitación. Más tarde, continuaría con todo ello sólo Eliana pese a que aquel instrumento no fuese su preferido. Con los años, llegaría a ser la flamante bailarina de la familia a la vez que profesora de piano, luego de que la primogénita desistiera en el intento de practicar aquel sublime y delicado arte de la danza clásica y se negara rotundamente a colocar las manos sobre un teclado e incluso, en cualquier otro instrumento.

Al ver las zapatillas, Carla recordó la cantidad de veces que en aquella misma casa y con diferente vestuario, no el clásico como el que debidamente otrora las acompañaban, las zapatillas habían sufrido su embestida y más de una prueba de flexibilidad bajo sus pies. No obstante, si bien le atraía la idea de encontrarse con una perfecta y estilizada figura sobre sus puntas, jamás se atrevió a dar

un gran salto o simplemente una vuelta entera sobre ese diminuto punto de apoyo. Llegado ese momento ya era totalmente consciente de que detrás del trabajo de puntas existía un gran esfuerzo físico de la bailarina junto a un arduo entrenamiento, buscando efectuar movimientos cada vez más ágiles, alcanzando la máxima altura posible y rozando apenas el suelo al desplazarse, donde la elegancia de sus pasos encubriese la increíble dificultad técnica de esas piruetas, saltos, caídas y equilibrios. Sin darse por vencida, y confiando en el poco tiempo que podía dedicarle por sus estudios, continuaba intentándolo. En muchas ocasiones llegó a tomar el impulso necesario para elevarse, suspenderse y sentirse flotar como una pluma en una corriente de aire soñando que jamás la dejaría caer, pero la realidad era la de acelerar su carrera para ejecutar un modesto *grand-jeté* y llegar airoso hasta la otra punta del salón mientras, en su imaginación, continuaba suspendida sobre sí misma y no caía, descendía suavemente hasta coincidir ambas con su último apoyo plantar.

Cuántas tardes, en aquel estudio situado en pleno centro de la Capital, aquellas zapatillas sintieron su frustración al ritmo de la melodía del piano que acariciaban los largos dedos de Sergio, un joven estudiante de medicina que ganaba un dinero extra para cubrir su carrera con su excepcional dominio del instrumento, acompañando dulce y pacientemente los pasos del alumnado, haciendo a su vez más liviano el sacrificado esfuerzo de dominarlas.

—¡Y tan fácil que parece al verlas sobre el escenario!  
—se lamentaba Carla al intentarlo una y otra vez.

—Justamente esa es la idea que hay que brindarle al público —respondía con voz paciente su madre, al ver la

enorme voluntad de la joven—. Hay que lograr introducirlo en la historia que los bailarines están representando, sin distraerlo con tropiezos, caídas torpes y movimientos bruscos. Todo eso, conforma el mundo que la bailarina clásica debe mostrar y donde las puntas, son una parte indiscutible y fundamental de su fascinante belleza.

—Supongo... —respondía mirando las rebeldes zapatillas.

—Pero Carla, ¿te *imaginás* una escena de amor, un *pas de deux*, con la cara de sufrimiento que estoy viendo? ¡Jaja!

—Supongo que no.

—Y caer dando un buen pisotón a tu *partenaire* con esas puntas...

—¡No quiero ni imaginarlo!

Y así pasaban las tardes entre música y ballet, riendo, enseñando y aprendiendo.

En aquel instante, feliz por el reencuentro con sus zapatillas y pasados varios años desde aquella época, había aprendido que para mantener la elegancia en las figuras suspendidas y principalmente en aquellas que requieren un mayor equilibrio al descender y tocar nuevamente el suelo es fundamental, ante todo, el momento justo del punto de elevación, y comprendía que ya sea en un salto, en una profesión como en la vida personal, dependía de la fuerza que le diese a aquel impulso y el correcto sentido de su dirección, para llegar a la cima y mantenerse el tiempo necesario para luego, descender lenta y silenciosamente, es decir, con dignidad, mientras solo se deja para

el recuerdo la mejor imagen de la altura alcanzada y de la figura erguida al terminar su tiempo de actuación.



## Bibliografía

**Lenin, V.I.** (1914) “La guerra y la socialdemocracia de Rusia”. Obras Escogidas en 12 tomos. V: 72-75. Moscú: Ed. Progreso, 1973.

**La Revolución rusa** (1891-1924): la tragedia de un pueblo, Edhasa, 2010

**La situación de Rusia antes de la Revolución**, Instituto Histórico Bachiller Sabuco.

**“El ballet ruso”**. Rusopedia: Todo sobre Rusia». [rusopedia.rt.com](http://rusopedia.rt.com).

**«Ballets Russes de Diaghilev y su influencia en el Art Déco»**. Revista de Arte. 3 de octubre de 2011

**El bombardeo a Plaza de Mayo-Clarín**, 18 de junio de 1955.

**Vaganova, A.** Principios básicos del ballet clásico.

**Teoría y práctica de la danza teatral clásica**, C. Beaumont, S. Idzikowski

**«La inmigración europea a la Argentina (1770-1960): problemas históricos e historiográficos de Cristóforis, Nadia Andrea»**

**Belle Époque: la edad dorada de París** - National Geographic

**Inmigrantes rusos y cultura política euroasiática en Argentina**: la revista Tierra Rusa, 1941-

1943Anuario de la Escuela de Historia Virtual – Año 7 –  
Nº 10 – 2016.

**10 clásicos del ballet más famosos** | IFEMA MADRID

**Anna Pavlova, la dama rusa del ballet.** Historia.  
[nationalgeographic.com.es](http://nationalgeographic.com.es)

Graciela Prego Pilar

# LAS ZAPATILLAS DE PUNTA



